

Anarquistas místicos

El temor al apocalipsis causó genocidios y mesianismos, cruzadas y revoluciones. Lo explica un libro de Norman Cohn

Por Kiko Amat

1. Apocalipsis. Los llamados oráculos sibilinos, *best sellers* de la época, anunciaban que la llegada del anticristo vendría precedida por unas cuantas señales inconfundibles. Esas “señales” incluirían “malos gobernantes, conflicto civil, guerra, peste, sequías, hambres, cometas, muertes repentinas de personajes importantes” y también la invasión de hunos, mongoles o cualquier otra horda de bigotudos alfanje en ristre. Ya pillan el inquietante fallo de los oráculos: en la Edad Media, todas esas “señales” eran el pan de cada día. De ahí la atmósfera apocalíptico-genocida reinante.

2. Mesías pandilleros. En la Edad Media aparecían mesías a destajo: Eldeberto,

Eón, Tanchelmo, Jacob... Empezaban como “predicadores libres” hasta que mutaban a “santos vivientes” con ínfulas de salvación popular. Algunos de aquellos profetas tiñosos incluso hincharon currículo suplantando a jercarcas fallecidos como Balduino IX o Federico II (hasta que los pillaron y desmembraron). Los indigentes, que aún no habían leído a Karl Marx, solían ponerse a las órdenes de cada nuevo fullero, pues estos blandían a menudo una carta de (ejem) “la Virgen María, acompañada por una corte de ángeles”. Sí, a la que llovía o escaseaban los nabos, la *plebs pauperum* se cuadraba ante cualquier piernas barbudo con alucinaciones marianas (y cuartel general en bosque, como *El adivino* de Astérix). Luego procedían a organizar una Cruzada

y, para echar las tardes, mataban a todo el mundo.

3. Cruzadas. A la gente le agarraba el frenesí de reconquistar lugares santos. Existían dos tipos de cruzados: los nobles con acceso a mandoble y montura, y los desaharrapados piorreicos que se apuntaban al rollo como *makineros* enloquecidos a un *after*. Estas cruzadas de *pauperes*, afirma Norman Cohn, “estaban formadas por gente cuya falta de preparación militar solo era igualada por su temeridad”. La mayor parte de las Cruzadas del Pueblo espichaba camino a Jerusalén (como la célebre Cruzada de los Niños de 1212), pero los que sobrevivían se amontonaban de inmediato en un Black Block *avant la lettre*, achantando a los cruzados oficiales.

4. Bandas armadas de anarquistas místicos. Como los tafures, “descalzos, melenuados, vestidos con sacos, cubiertos de mugre y de llagas, comiendo raíces, hierbas y los cuerpos asados de sus enemigos”, una feroz banda de frikis locos embarcados en un holocausto anticapitalista a las órdenes de su propio Roi Tafur (el asceta sanguinario de turno). Había otros, como un *The Warriors* versión siglo X: los Pastoreaux (del gremio

de los pastores), los Capuiati (con su propio look encapuchado, a lo Wu-Tang Clan), los Flagelantes Secretos de Turingia (empezaban flagelando, pero al poco ya estaban quemando aldeas y violando) o la Hermandad del Libre Espiritu (una élite de superhombres amorales que, tras autodeficarse, practicaba el “erotismo anárquico” a gogó).

5. Pogromos indiscriminados. Eran el *hobby* número 1 de la época, equivalente medieval de estar al día de las series de HBO. En aquel drama escatológico pillaban siempre los raros y desviados. Se solía empezar por los infieles (“demonios” judíos y musulmanes), se continuaba con el clero (“la Ramera de Babilonia”) y luego dependía un poco de qué población o centro litúrgico quedase cerca andando. Durante la peste negra de 1348 se sospechó que alguien había vertido veneno en las reservas de agua, y la jauría procedió a apiolar, en este orden, a “los leprosos, los pobres, los ricos y el clero, hasta que se centraron definitivamente en los judíos”. •

En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media. Norman Cohn. Traducción de Julio Monteverde. Pepitas de Calabaza. Logroño, 2015, 560 páginas. 28 euros.